

LXVI.

Amo y criado.

Estaba muy avanzado el dia cuando el tio Antonio entró al cuarto del nuevo inquilino para informarse de cómo habia pasado la noche y ponerse á sus órdenes, puesto que en el contrato que habian celebrado el dia anterior habia una cláusula por la cual se obligaba el tio Antonio á prestarle á Ludovico los servicios indispensables á un hombre solo.

El tiempo y la prision habian cambiado tanto la fisonomía del antiguo sacristan de la Misericordia, que ni por la imaginacion se le pasaba al buen viejo que pudiera ser el mismo hombre sospechoso á quien él reputó autor del célebre robo de la casa del Sr. Gonzaga. Entró, pues, á la habitacion, que se hallaba abierta, con toda la calma y la confianza de un ayuda de cámara.

El ruido que produjo al entrar despertó á Ludovico que se incorporó en su cama.

—¿Qué hay?—dijo.

—Nada, señor—contestó el tio Antonio—soy yo que vengo á ver si necesita V. algo.

—¡Ola! buenos dias, tio.....

—Antonio, servidor de Dios y de V.

—¡Cómo madruga V.!

—¡Quiah! señor, si hace mas de tres horas que estoy en pié.

—Parece que mi antecesor despertaba muy temprano.

—Ni me le recuerde V. señor—contestó el tio Antonio santiguándose.

—¿Era mal pagador?

—Nó, señor.

—¿Era turbulento?

—Tampoco.

—¿Trataba á V. mal?

—En cuanto á eso, debo decir la verdad, nadie, á excepcion de mi amo el Sr. Gonzaga, que de Dios goce, me ha tratado tan bien como él.

—Pues entónces—continuó Ludovico—¿por qué no quiere V. que se le recuerde?

—Porque murió de una manera..... lastimosa.

—Algun ataque repentino.....

—¡Ah! nó, señor.

—¿Le asesinaron?

—Valdria mas.

—Hable V., hombre, por Dios, debe ser una cosa muy grave.

—Le ahorcaron—respondió por fin el tio Antonio dando un suspiro.

—¡Le ahorcaron!—repitió Ludovico saltando horrorizado de la cama—¿Y por qué?

—Por ladrón y asesino.

—¿Y estos muebles, este colchón que he comprado eran suyos?

—Sí, señor.

—Pero, hombre, nada me había V. dicho ayer; no habría yo tomado este cuarto. ¡Ahorcado! lo dice V. con una calma...

—Como que quisiera que resucitara para que le ahorcaran otra vez.

—¡Hombre! ¿qué misterio es ese? ¿No me acaba V. de decir que nunca le dió motivo de queja?

—Ya lo creo, pero después he sabido que él fué uno de los principales ladrones que arruinaron á mi amo el Sr. Gonzaga, que en paz descanse.

—¿Quién era el Sr. Gonzaga?

—Un señor que tenía una gran casa, y yo era su portero.

—¿Y le robaron?—continuó Ludovico que apenas podía contener su emoción y temía venderse.

—Cuanto tenía; de resultas de eso enfermó el pobrecito y murió; los acreedores, ya se ve, se apoderaron de la casa y yo me fuí de ella.

—Pues qué ¿no tenía familia?

—Solo un nietecito, señor; porque Dios dispuso llevarse al Sr. D. Fernando, que era hijo de mi amo.

—¿Y el niño vive?

—¡Que si vive, toma! á la hora de esta debe ser ya un hombre; yo le traje conmigo y con mis ahorrillos le envié á América; sé que ha llegado á ser allí un gran pintor. Yo le mandé al comercio, pero ya se ve, no le gustaba nada al pobre muchacho, y el muy pícaro se pasaba el tiempo retratando á los parroquianos, hasta que su patrón dijo: toma, pues si te gusta pintar anda y pinta en hora buena, y ¡zas! le manda á la Academia y me le hace hombre en un santiamén. Pero ¡ca-

lle! yo me estoy charlando y Nicolás el aguador á quien dejé encargada la portería se fastidiará sin duda. ¿Se le ofrece á V. algo?

—Nada por ahora, tío Antonio.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

El tío Antonio salió de la habitación y Ludovico se puso á reflexionar. Aquel dinero que había encontrado le pertenecía de derecho á Mario puesto que el tío Antonio decía que el antiguo inquilino del cuarto había robado la casa del Sr. Gonzaga; él, Ludovico, había jurado sobre el cuerpo yerto de Marietta proteger á su hijo y debía ir en su busca y llevarle el tesoro que se había encontrado; era libre, sabía donde se hallaba el hijo de Fernando y de Marietta, y sería un crimen imperdonable no ir hacia él sin pérdida de tiempo.

Por un momento pensó en hablar al tío Antonio de Mario y de la obligación que para con él había contraído voluntariamente en el ataúd de la que le dió el ser; preguntarle donde podía encontrar al que debía ser ya un joven y confiarle cuanto iba á hacer por él; pero recordó que el tío Antonio había sido causa de su prisión, que era suspicaz y desconfiado, y no quiso dar lugar á que cometiera un disparate.

Resolvió, pues, callarse y comenzar sus preparativos de viaje.